

A MODO DE PRÓLOGO

Mostrar las marcas de las experiencias vividas es un proceso difícil. Cuando le pedimos al presidente de la Universidad, Dr. Arq. Fernando Tauber, que escribiera unas palabras a modo de prólogo para la segunda parte de *Huellas: Semblanzas de vida de detenidos-desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado pertenecientes a la Universidad Nacional de La Plata* insistimos también en que contara una historia que fuera suya, personal. Hace cuatro años, cuando hablamos sobre el borrador del primer libro, me contó esta historia llena de afecto, de felicidad, pero también, de tristeza. Hoy comparte con toda la comunidad universitaria su recuerdo de Fernando Esteban Cuenca, su amigo, estudiante de Antropología, en una carta que enviara con motivo del homenaje realizado en su memoria.

22 de marzo de 2011

Carta a María Marta

Querida Marta, no puedo asistir, aunque quisiera ir con todo mi corazón, al recordatorio de Esteban en este 35 aniversario del Golpe del '76.

El ir poco a San Pedro, el verlos poco, poquísimo a todos ustedes en todos estos años, vuelven más vivos mis recuerdos de aquella época, de todos nosotros, de vos Marta, de Cascote, del Grillo, de los más cercanos a Esteban: Daniel, Horacio, nosotros, Rubén y Susana, Marcela (la negra)... también de Mariano, el Japonés y Javier. En fin, nos recuerdo jóvenes, casi pibes, más chicos que los que tengo como alumnos en la Universidad de La Plata desde hace 27 años. Nos recuerdo llenos de energía, de alegría, de picardía, de sueños y de ideales. Aventureros y románticos, con ganas de vivir y construir una vida y comprometerla con nuestro pueblo. Recuerdo el Golpe de Chile y



nuestra reacción, la ida del Grillo a Brasil, Ezeiza. Todos momentos de tremendo significado para todos nosotros. Nuestra ida a La Plata, nuestro primer año, las pensiones, los actos por la muerte de Achem y Miguel, nuestra forma semi-conciente de vivir y, algunas veces, protagonizar toda esa época llena de violencia y de terror. ¡¡¡Teníamos menos de 20 años!!!

Lo recuerdo a Esteban muy cerca nuestro en todos esos momentos, también me acuerdo de nuestros primeros puchos juntos en la primera adolescencia, algunas de nuestras primeras borracheras, me acuerdo de sus novias y de las mías, me acuerdo de su despiste estructural y genético, de su imagen desalineada y despreocupada, de su sentido del humor, de su espíritu permanentemente solidario, hasta exageradamente desprendido con sus amigos y también con sus conocidos, de su carácter bonachón. Me acuerdo, por ejemplo, que se levantaba temprano para acompañarme a los actos del secundario cuando una delegación salía del colegio. Yo era el abanderado y Esteban no era un buen alumno y, por lo tanto, nunca lo citaban, pero por esas cosas que él tenía, me acompañaba. Le encantaba pedirme la bandera mientras caminábamos por la Mitre y romper los cartelitos de plástico de los negocios con el asta. Un travieso de 17 años, pícaro de cosas simples, imposible de descubrirle una maldad.

Yo vine a La Plata con Rubén en los primeros meses de 1974, primero vivimos en una pensión y algunos meses después alquilamos una casa por la terminal con otros sampedrinos. Meses después vino Esteban, su vida era un lío entre el Banco, que era su laburo, Naturales, que era su Facultad, y su incipiente militancia en la JUP. Por esos días todo era increíble, dormíamos siete en una habitación. Estudiábamos y, en mi caso, dibujaba hasta la madrugada; Esteban, un goloso compulsivo, se dormía con la cuchara de dulce de leche en la boca. Compartíamos los pocos mangos que teníamos y nadie administraba. Un par de veces se gastó toda la plata del mes en libros que nos confirmaban las injusticias permanentes en la historia de nuestro continente. *Las venas abiertas...* era el libro de cabecera. Mientras, muchas veces revisábamos la basura de la verdulería del barrio para encontrar algo para comer. Todo estaba bien, así debía ser.

En algún momento de 1976 nos separamos, Esteban siguió su vida, Rubén se casó con Susana y armó la suya y la de su familia, y yo me fui a vivir a la casa de los que fueron después mis suegros. Ya mi mujer, Liliana, «Manuela» como me gustaba decirle en esa época, era mi compañera. Un día, en los

primeros meses de 1977, nos avisaron que Esteban había desaparecido, que «lo habían levantado». Todo el ambiente era tremendo en La Plata. Se escuchaban tiros todas las noches. Era difícil hasta ir a la Facultad, veíamos operativos en las esquinas, nos revisaban en todo momento. Creo que no supimos qué hacer ni cómo reaccionar ante la desaparición de nuestro amigo y el recuerdo de esa sensación de impotencia no nos abandonó nunca.

Con el tiempo entendí que era importante no olvidar. Que fuimos una generación lastimada de la peor manera por esa época. Que la vida nos dejó una marca que era necesario cuidar más que tratar de borrar, para que los otros pibes, los que vinieran después de nosotros, no pagaran el tremendo precio que pagaron jóvenes como Esteban y para que su sacrificio sirviera de cimiento sólido y definitivo de una sociedad que debe crecer sólida en sus valores, en su espíritu crítico, en sus ganas de justicia e igualdad y en su capacidad de tolerancia para convivir con la diferencia. En mi caso, intento aportar desde la docencia universitaria a ese pensamiento y a la idea de buscar siempre un futuro mejor para todos.

Marta, quizás sean demasiado extensas estas líneas pero tenía la necesidad de escribírtelas y de escribirlas en el recuerdo tan permanente como necesario de nuestro querido amigo. Un cariño a todos, Fernando Tauber.

En recuerdo a Esteban Rodolfo Cuenca, nacido en San Pedro, DNI 12.208 402. Estudiante de Antropología de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo. 20 años de edad. Detenido el 23 de abril de 1977 y llevado a La Cacha. Desaparecido.

